



ARTÍCULO PARA PADRES 24

¿Qué sabe hacer un niño de 2 años?

A los dos años, tu hijo ha crecido y se nota. Le encanta correr, imitar, construir, mancharse... Tiene otros gustos, habilidades e intereses que debes permitir y alentar.

A los dos años, comienzan a tener lugar algunas manifestaciones muy particulares que indican que el peque está dejando de serlo: nuevas habilidades (hablar por los codos, caminar con soltura), una marcada evolución en sus afectos (es más independiente) y, de forma especialmente llamativa, gustos e intereses que antes no tenía y a los que el pequeño se entrega con todas sus ganas. Veamos algunos de ellos.

Correr

A esta edad sucede algo importante: los pequeños se bajan de nuestros brazos y salen corriendo como balas en cualquier dirección. Y si bien nuestra espalda encuentra su merecido descanso. No pasa lo mismo con nuestra vista (que está atenta para vigilar que no haya ningún peligro cerca), con nuestra voz (que la esforzamos para gritar su nombre antes de que llegue al cruce) y nuestras piernas que se ponen a funcionar a toda máquina para evitar que el improvisado atleta se aleje más de la cuenta.

Por seguridad, es importante dejar en claro con el niño en qué situaciones puede correr solo y en cuáles debe ir caminando de la mano. Y, también para prevenir, no está de más llevar en el bolso o en la cartera unas tiritas, unas toallitas antisépticas y extremar la vigilancia en sitios potencialmente peligrosos (en las inmediaciones de una piscina, por ejemplo). Por lo demás, correr es una de las actividades más gratificantes a estas edades.

Correr es algo más que una diversión: se trata de la evolución natural de la habilidad de andar. Antes de las primeras carreras, el pequeño tiene que saber caminar sin ayuda.

Imitar

Mediante el juego o de forma natural y espontánea, al imitar gestos, sonidos y palabras, el niño adquiere no sólo la capacidad de pronunciar las frases, también va comprendiendo su significado (asociando las palabras a los contextos en los que se dicen). Por eso, y hasta tener bien dominada la técnica, no es extraño que nuestro «lorito» suelte alguna que otra expresión graciosa, acompañándola también de gestos de mamá o papá o que se invente las palabras más geniales.

A esta edad también comienza el llamado juego simbólico (jugar a cuidar un bebé, a convertir una pieza de madera en un coche o a disfrazarse de perrito, de princesa...) que implica la capacidad del niño de recrear aquello que no tiene delante. Además, el juego simbólico está íntimamente ligado a la capacidad de imitar las relaciones y los objetos que el pequeño tiene a su alrededor y que ya ha ido interiorizando poco a poco.



Construir

No es que nuestro hijo haya perdido el gusto por destrozarse todo lo que cae en sus manos, lo que sucede es que, a partir de los dos años, podemos decir con alivio que además de aplastar, tirar, romper y estirar, comienza a mostrar interés por construir, crear, juntar y levantar.

Se están poniendo en marcha nuevas capacidades cognitivas (empezar a distinguir tamaños y formas o a unir varias partes para conseguir un todo) y también capacidades motoras (mejor coordinación mano-ojo o mejor motricidad fina).

Por otro lado, para el desarrollo de estas actividades también es necesaria una capacidad de mantener la atención que hasta ahora no tenía: de hecho, ya es capaz de pasarse un buen rato entre pieza va, pieza viene, intentando levantar una torre o discutiendo dónde demonios encaja una pieza en un agujero.

Mancharse

Repitémoslo como un mantra: «mancharse es bueno y sano»... y, por más que a nuestro lado más obsesivo le cueste admitirlo, lo cierto es que es importante permitir un cierto grado de embadurnamiento infantil. El gusto por impregnarse (literalmente) de la realidad no solo no se pierde según avanzan hacia los tres años, sino que se acentúa: la comida, el barro (¡ahora que se puede jugar al aire libre!), las pinturas (cuanto más líquida la textura, mejor) y los fluidos corporales (mocos, babas, etc.) pasan a ser «muestras de laboratorio» dignas del estudio más exhaustivo por parte de nuestros pequeños, plenamente conscientes ahora de que su mundo está lleno de cosas maravillosas por descubrir.